



TERCER MEDIO

Método de preparación para la muerte por un retiro de un día, ó al menos de medio día.

Después de los poderosos motivos que se nos han presentado, hemos tomado la firme resolución de comenzar desde ahora y sin tardanza la obra importante de nuestra preparación para la muerte. Mas ¿qué medio adoptaremos para cumplir esta sabia é interesante preparación? El que yo aconsejo es hacer un corto retiro de un día, ó á lo menos de medio día, durante el cual, poniendo á un lado cualquiera otro cuidado, enteramente separados del mundo, y sólo ocupados de la única cuestión necesaria y del más grave de todos nuestros intereses, trabajaremos en arreglar las cuentas de nuestra conciencia, á fin de estar preparados para el viaje de la eternidad. Seguro es-

toy de que muy pronto sabremos por propia experiencia cuán excelente y eficaz es este medio para asegurarse la gracia de una buena muerte. Así, sin detenerme más, voy á exponer, primero, los motivos que piden este retiro, y en segundo lugar, el orden que convendrá seguir en él.

ARTICULO I

MOTIVOS DE ESTE RETIRO

Tres principales motivos me obligan á recomendar á las almas que deseen hacer una buena preparac.ón para la muerte el método siguiente. Los cuales motivos son: su necesidad, su utilidad y su facilidad.

De su necesidad. No hay ejercicio de piedad más necesario que un método corto y bueno de preparac.ón para la muerte. Haced la prueba: nada es tan necesario como una buena muerte: porque ¿de qué sirve haber vivido bien si se muere mal? Para obtener una buena muerte, la más segura condición, sin duda alguna, es el comenzar con anticipac.ón y en tiempo oportuno á prepararse, puesto que Dios hace muchas veces depender de esta sabia precauc.ón la gracia de la perseverancia final. Ahora bien; es evidente que para aprovecharnos de esta preparac.ón,

tenemos necesidad de un método que nos dirija; porque ¿cómo prepararnos bien si ignoramos la manera de hacerlo? Por consiguiente, de todos los ejercicios de piedad no hay ninguno más necesario, al cristiano que quiere asegurar su salvac.ón, que la práctica de un corto método de preparac.ón para la muerte.

No, no conozco un método de preparac.ón para la muerte más eficaz que el que consiste en retirarnos y dejar los negocios del mundo durante un día ó al menos por espacio de medio día, para meditar en esta soledad respecto á los años eternos, y para tratar con seria atenc.ón un asunto para el cual nos importa tanto más estar arreglados antes del fin de nuestra vida, cuanto que tal vez no se nos deje ocuparnos de él en el último instante.

Jesucristo mismo nos ha enseñado, con su ejemplo y sus palabras, ese saludable medio para prepararnos contra los combates de la agonía. Habiendo salido Jesús del templo, dice el Evangelio, se dirigió al monte de los Olivos, llevando consigo á sus discípulos, para pasar en él un día de retiro. Sentado allí en medio de ellos, y mientras todos estaban atentos á sus acciones y á sus palabras, llenas de scmbrios misterios, el Salvador, continuando sus pláticas, les anun-

ció el juicio final, y les pintó con los colores más vivos las circunstancias terribles de ese gran día de miseria y desolación. *“El sol, les dijo, se oscurecerá, la luna no dará ya su luz, las estrellas caerán del cielo, y las virtudes desaparecerán. Entonces la señal del Hijo del Hombre aparecerá en el cielo, y todas las tribus de la tierra llorarán y verán al Hijo del Hombre, que vendrá sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad.”*¹ Después de estos detalles tan precisos, Jesucristo, lleno de santo celo por nuestra salvación, que tenía siempre en el pensamiento, concluyó su predicación por este grave precepto: *“Velad, pues, porque no sabéis á qué hora debe venir vuestro Señor.”*²

¿Qué significaban toda esta conducta del Salvador, su salida del templo y de la ciudad, su retiro en el desierto y en la montaña, su discurso tan patético y la descripción tan terrible del juicio último? ¿Qué misterios presagiaban esos preliminares tan solemnes, puestos como premisas de esta importante conclusión: *“velad;”* en la cual se nos recomienda la vigilancia cristiana que consiste en precavernos y en estar preparados contra los golpes imprevistos de la muerte? Las

¹ Mat. 24 42.

² Mat. 24 1.

acciones del digno maestro, están todas llenas de un sentido profundo y misterioso: ¿qué quería, pues, Jesucristo enseñarnos en esta ocasión por la reunión de circunstancias tan singulares?

Nuestro adorable Redentor, que no alentaba más que por nuestra salvación, quería enseñarnos la necesidad de prepararnos en tiempo oportuno y con todo el cuidado posible para nuestra última hora. Quería convencernos de que para hacer esta preparación debemos retirarnos á la montaña de los Olivos, es decir, lejos de la agitación de los negocios y del tumulto del mundo, para ocuparnos allí á lo menos por espacio de un día de nuestros intereses eternos. ¿Qué hombre, en efecto, y apelo aquí á la experiencia, arrastrado por el torrente de sus ocupaciones, absorbido por las inquietudes incansables de la vida y aturdido por el ruido de su propia imaginación, podría nunca establecerse en la paz y en la calma interior, tan necesarias para repasar en la amargura de su alma los años que ha vivido ya, para arreglar con el Señor, su juez, las cuentas de su conciencia profundamente vulnerada?

A fin de darnos en su persona estas saludables enseñanzas, Jesucristo deja el templo; y á causa de la multitud que frecuentaba el recinto sagrado, no cree

que sea el lugar en donde debe hacer la preparación para la muerte, y donde debe él mismo exhortarnos y alentarnos al cumplimiento de este deber. Para inspirarnos el gusto de su celestial filosofía, escoge un lugar más solitario en el cual no sea turbado ni con la vista ni con la presencia de los hombres. Mas ¿qué digo? El mismo, la víspera de su muerte, volvió á esa amada soledad del monte de los Olivos para prepararse á su divino sacrificio.

¿Quién se atrevería de hoy en adelante á lisonjearse, en medio de las ocupaciones de la vida, de poder aspirar á una obra tan santa, cuando ninguno de los santos lo ha podido hacer nunca, cuando Jesucristo no lo ha hecho? Sepámoslo: el ruido del mundo nos aturde y no podemos oír allí el soplo ligero del Espíritu Santo. Los padres comparan la muerte de los justos á un agradable sueño, á una calma deliciosa; evidentemente, cuando uno se mezcla á los continuos movimientos del siglo, no le es ya posible disponerse para entrar en las dulzuras de este reposo. ¡Desgraciado del mundo á causa de sus agitaciones! exclama San Ambrosio. ¡Desgraciados también de nosotros á causa del mundo! porque si no sabemos desembarazarnos de sus cuidados y reservarnos un día, difícilmente

nos prepararemos para nuestra última hora. De este razonamiento debemos deducir que no hay método más necesario, cuando uno quiere disponerse por algunos ejercicios para tener una buena muerte, que el que consiste en consagrar un día de retiro para ocuparse de esta preparación; y pues que en esto consiste precisamente el método siguiente, yo deduzco que es absolutamente preciso.

Hé aquí otra prueba: la gracia de la perseverancia final es necesaria para morir santamente. En efecto, sólo el que persevere hasta el fin se salvará.¹ Esta gracia se obtiene, ordinariamente, según que uno ha dispuesto ó no anticipadamente de su alma; porque la mano de la divina Providencia no prodiga ni arroja sin distinción esa inapreciable perla delante de aquellos que no tienen ningún cuidado de su eternidad. Mas, para merecer este don tan precioso, no podemos prepararnos mejor que ocupándonos durante un día en el retiro y el recogimiento en purificar la conciencia por una buena confesión, en recibir en espíritu los últimos sacramentos, en preluir, en fin, los combates de la agonía por los diversos actos de las virtudes cristianas que

¹ Mat. 10 22.

se sugieren á los moribundos; y puesto que estas santas prácticas hacen todo el objeto del método siguiente, y puesto que reconocemos que su cumplimiento es tan necesario, resulta que se puede muy bien deducir de lo que va dicho la necesidad de este método. ^a

De su utilidad. La ciencia más útil es la que nos enseña á salir bien de este mundo; saber morir bien, es el arte de las artes, la ciencia de las ciencias, de la cual depende nuestra eternidad feliz ó desgraciada. El hombre que posee esta ciencia no pierde mucho aunque ignore las restantes; y para aquel que la desconoce todo otro saber no es más que una superfluidad tanto más vana cuanto que uno no se engaña sino una vez al morir y no es dado á nadie repetir tal experiencia. Hay, pues, una utilidad, una importancia y una ventaja inmensas en conocer á fondo el arte de bien morir y, por consiguiente, hay también una incontestable utilidad en la aplicación de nuestro método, todo el fruto del cual es enseñarnos este arte salvador.

Sin duda nadie osaría decir que los úl-

^a (Nota del traductor.) - En lo que precede podría parecer á muchas personas que las reflexiones de nuestro Autor no demuestran la necesidad de su método, pero tienden á lo menos, como lo que sigue, á probar su utilidad.

timos sacramentos no sirven de gran socorro á los moribundos para tener un fin dichoso, y que las gracias poderosas que se reciben no son precisamente la razón por la cual temeríamos tanto salir de este mundo sin haberlos recibido. Mas, ordinariamente, sólo una vez al fin de la vida, se fortalece el alma con la recepción de esos divinos misterios. Por esto es devoción muy útil y provechosa el prepararnos con anticipación como se hace siguiendo este método, recibiendo-los en espíritu. Este es el medio de prevenir la desgracia que podría resultar de nuestra falta de preparación al recibirlos en la enfermedad, al acercarse la muerte, con menos fruto, y tal vez infructuosamente y acogiéndolos de una manera pasiva, con la inatención y la frialdad de un alma sin amor.

Continuemos. No hay nada tan útil como purificar inmediatamente, con una sincera y exacta confesión, hasta las menores manchas de nuestra alma, de modo que á la hora del último combate nuestra conciencia no tenga ya que temer ni remordimientos ni turbación alguna interior. No hay nada tan provechoso como acostumbrarnos en seguida á producir esos actos de las virtudes cristianas con los cuales deseamos santificar nuestros últimos suspiros, puesto que descuidan-

do el hábito de este santo ejercicio nos exponemos á no entender nada, cuando en la muerte nos sugieran esos piadosos afectos. Al fin de la vida, todo hombre está obligado, para resistir á los asaltos del infierno, á armarse con las armas poderosas de las virtudes cristianas, sobre todo de las virtudes teologales; mas, si no está habituado con anticipación á cubrirse con esta celestial armadura ¿qué sucederá? Que sentirá entonces la misma dificultad que David cuando iba á combatir con Goliat: le hicieron tomar las armas de Saul; se revistió de ellas, en efecto, pero muy pronto exclamó: "No podría andar así; porque no estoy acostumbrado".¹ Y las dejó. Los actos de las virtudes cristianas son también armas terribles contra el enemigo infernal; mas, si esperamos á la hora de la agonía para usarlas, no sabremos servirnos de ellas entonces, porque no tendremos el hábito é ignoraremos cómo deben darse los golpes, y no sólo nos serán completamente inútiles, sino que hasta nos embarazarán en nuestra marcha. El confesor no dejará de pronunciar estos actos piadosos cerca del enfermo; mas es de temer que éste sólo los repita con la boca, sin sentir nada en su alma.

¹ 1 Reyes, 17 39.

Es, pues, muy útil repetir frecuentemente, durante nuestra vida, esos actos de virtudes que deseáramos poder hacer en la hora de la muerte, y contraer una santa costumbre de ello. En efecto, algún día moriremos, ó de muerte súbita ó bien de muerte lenta. Si nuestra muerte es súbita, seremos dichosos habiendo prevenido por el frecuente ejercicio de esos actos el cumplimiento de un deber que no podremos ya cumplir en un instante tan pronto é imprevisto; mas, si es lenta, acostumbrados á esos piadosos afectos, los haremos con facilidad y calma inexplicable; ni la ausencia del confesor ni la violencia de la enfermedad podrán hacérsenos olvidar; se presentarán como por sí mismos á nuestra alma, y así, como caritativos compañeros, sostendrán nuestro fervor hasta nuestra salida de este mundo. Nada, pues, tan útil, diremos una vez más, como ejercitarnos en seguida en las virtudes cristianas con las cuales deseamos que nuestra alma sea fortalecida en el momento de nuestra muerte; y por esto se encuentra también demostrada la utilidad de nuestro método, que es menos una simple teoría que un ejercicio práctico de esos actos. No me detendré más en buscar otras pruebas de esta utilidad. Hagamos la experiencia, y no temo asegurar

que sacaremos las más preciosas ventajas del frecuente uso de esos santos afectos.

De su facilidad. Por sus ocupaciones, gran número de personas no pueden consagrar una semana, ni siquiera media semana por año á los ejercicios del retiro. Mas de tantos meses y años que damos con verdadera prodigalidad á los negocios del mundo; de esos largos y preciosos momentos que perdemos algunas veces en puras bagatelas, no es ciertamente difícil reservarnos un día ó á lo menos medio día, para emplearlo en el más grande é importante de todos los negocios. Retirarse á la soledad, darse á una contemplación sublime, usar de alimentos y de vestidos groseros, practicar aún algunas otras obras extraordinarias de piedad, son virtudes que no se pueden exigir ni del carácter, ni de las fuerzas, ni de la capacidad de la mayor parte de los hombres; mas no hay, al contrario, uno sólo que pueda con justa causa excusarse, bajo pretexto de fastidio ó de cualquiera otra dificultad, de pasar un día pensando qué lugar deberá habitar durante toda la eternidad.

¿Qué más? Según la confesión misma de Séneca, de un pagano, deberíamos aprender toda nuestra vida á morir; y nosotros que prodigamos los años para

adquirir vanos é inútiles conocimientos, sentiríamos conceder un solo día al estudio de la ciencia tan útil de la buena muerte! Los santos han dedicado todo su tiempo á esta ciencia incomparable, preparándose toda su vida para su último paso, y no osaríamos, sin duda, calificar la conducta suya de exagerada; y nosotros que perdemos, que gastamos tan locamente las horas y los días en el sueño, en el juego, en la ociosidad y en la dissipación, ¿creeríamos hacer mucho, dedicando al menos un día al ejercicio tan fácil de la preparación para la muerte?

Si Dios les concediese á los condenados ó á las almas del purgatorio el volver á este mundo para consagrarse á tan saludable ejercicio ¡oh! ¡cuán cómodo y fácil les parecería! no habría ninguna dificultad tan considerable que pudiese detenerlos, y dedicaríanse á ello con activa diligencia, con vivo fervor de devoción, y con un celo excesivo.

Pues bien; ese tiempo que la justicia de Dios les niega, la misericordia divina nos lo da á nosotros con profusión.

¡Cuál no es, pues, nuestra imprudencia al abusar de ese beneficio del tiempo, del cual esas armas infortunadas comprarian con todo su corazón el más pequeño minuto al precio del mundo entero, y aun con mil siglos de los

más crueles suplicios! ¡Cuál no es nuestra locura al mirar como muy laborioso y penoso un ejercicio que les parecería tan fácil y tan agradable!

Nuestra suerte es verdaderamente feliz, puesto que podremos aún hacer esta preparación para la muerte, cuya omisión causará las lágrimas eternas, la desesperación y los gemidos de los condenados, y nos arrojará á nosotros mismos un día en pesares tanto más amargos cuanto que estaríamos obligados á reconocer que nuestra negligencia es inexcusable. ¡Desgraciado! exclamaremos entonces, se me presentaba un método fácil de prepararme para la muerte, la ocasión era excelente, y el tiempo favorable. ¿Por qué abusé yo de él? ¡Oh funesta pereza! Si después de haber perdido tantos meses y años, tuviese solamente una hora el día de hoy! Mas entonces nuestras quejas serán inútiles.

¿Por qué, pues, continuamos viviendo en el culpable olvido que lamentan los condenados y que nosotros lloraremos á nuestra vez? ¿Por qué encontramos tan difícil ahora lo que nos parecerá tan dulce y tan fácil cuando ya no sea tiempo? ¡Cómo! ¡poder prepararse con tan poco trabajo para la muerte, poder asegurarse el cielo á tan poca costa, y sin embargo permanecer inactivo y rehusar dedicar

solamente un día á un asunto que merecería la atención de toda nuestra vida! ¡Vaya una ceguedad!

Es necesario que haya un tiempo de reposo, decía un cortesano de Carlos V, *entre las ocupaciones de esta vida y la eternidad.*¹ Pues bien, ¡qué más corto intervalo que el de un día podéis poner entre vuestra eternidad y los numerosos años que habéis vivido ya en la tierra? Dios os ofrece este día favorable; aprovechadle para vuestra salvación. El tiempo pasado transcurrió sin fruto; el porvenir es incierto, sólo el presente está en vuestro poder. Sería gran locura perderle. Vendrá un día en el cual diréis: ¡Infeliz de mí! ¡oh! ¡si me fuese dada una sola hora! Y vuestros deseos no serán escuchados. Ofreceréis entonces, como se refiere de un poderoso monarca, mil reinos por vivir algunos instantes, cuando ningún precio bastaría para comprar el momento más corto. Ahora que tenéis tiempo, trabajad en vuestra salvación. Ya disteis á vuestro cuerpo y al demonio meses y años enteros; conceded al menos un día á Dios y á vuestra alma, para prepararos á la eternidad: no miréis como penoso un deber que tantas razones os demuestran es tan fácil.

¹ Estrada.

El sabio del Evangelio *vendió todos sus bienes para comprar la perla que había encontrado.*¹ La gracia y la ocasión de prepararnos para la muerte son esta perla preciosa: muy bien lo sabemos, y aunque tengamos poco celo por nuestra salvación, todos deseamos no obstante poseerla. Jesucristo quiere también que, á ejemplo de ese sabio, la compremos, aun cuando fuese á precio de los tesoros de todo el mundo. Pues bien, ahora esta ocasión se nos ofrece, un método seguro se nos presenta, todos los medios se nos indican y todas las dificultades se allanan. Para que obtenemos la gracia de una buena muerte, no se nos pide que distribuyamos nuestros bienes á los pobres, que cuidemos los enfermos en los hospitales, que dejemos el mundo, que nos sepultemos vivos en el desierto, que nos consagremos á las penitencias de los anacoretas, que meditemos durante meses y años en los intolerables ardores de las llamas del infierno; se nos propone solamente que consagremos á Dios y á nuestra alma un día para ocuparnos del asunto de nuestra salvación con el mismo cuidado que ponemos en los intereses temporales, para aplicarnos á los medios de ganar el

¹ Mat , 13. 46.

cielo con la misma atención que se pone en el mundo con el fin de amontonar tesoros. Se nos invita, en fin, á no hacer por nuestra alma, durante este día, menos de lo que hiciéramos por nuestro cuerpo en tantos años. ¿Qué se puede querer más fácil, y qué menos puede exigirse? He aquí, pues, hasta qué punto es fácil, practicando el método siguiente, obtener la gracia de una piadosa y santa muerte.

Si seguís estos consejos viviréis y moriréis con una paz y un consuelo muy grandes. El P. Prola refiere un ejemplo muy propio para confirmar esta promesa. Un fiel cristiano acababa de hacer un día de retiro para prepararse á la muerte. Habiéndose puesto en seguida en camino, sorprendido por una enfermedad mortal, expiró pronunciando estas palabras: *¡Oh, feliz día aquel en el cual pude arreglar las cuentas de mi vida y prepararme á la muerte! ¡Qué gozo siento ahora! ¡Muerdo contento, porque me he preparado!* Así, como ese piadoso moribundo, os regocijaréis algún día si aprovecháis este medio. ¡Cuán preciosos son los momentos que se consagran al más importante de los asuntos! Al fin de la vida, causan un contento más sólido que los meses y los años empleados en cualquiera otra ocupación,

Hagamos, pues, ahora esta preparación que debe ser pagada con goce tan puro; hagámosla antes que oigamos las terribles palabras del divino Maestro: *“Dad cuenta de vuestra administración!”*; ¹ hagámosla, en fin, antes que extienda sus sombras esa noche terrible *en la cual nadie puede trabajar.*² Mientras tengamos tiempo, procuremos por nuestra salvación, y con la ayuda del método tan fácil como útil y necesario que se nos ofrece, hagamos nuestra preparación para la muerte. Por este medio, cuando *el último día venga como un ladrón,*³ no nos sorprenderá, ni caeremos bajo el golpe de una muerte imprevisible. En este día de retiro, *todo lo que nuestra mano pueda hacer* apresurémonos á hacerlo, porque *no habrá ya ni obra, ni razón, ni sabiduría, ni ciencia,* en los momentos de la agonía y *en la morada de los muertos á la cual vamos.*⁴ Hagamos, pues, ahora lo que en ese momento no podremos ya hacer; lo que deseáramos haber hecho y lo que nos reprocharemos amargamente haber omitido cuando no sea ya tiempo de hacerlo.

¹ Luc., 16 2.

² Juan, 9 4.

³ 1 Tes., 5 4.

⁴ Eccl., 9 10.

¿Hasta cuando, Señor, la fascinación y la mentira engañarán mi alma? ¿hasta cuando el desorden de mis deseos trastornará mis sentidos ¹ y mi razón? Puedo adquirir por el sacrificio de un día bien empleado una eternidad de dicha; por un corto retiro un lugar en la compañía de los santos; por un ligero trabajo el eterno reposo: ¿por qué tardo en poner manos á la obra? Un camino fácil se me presenta para llegar á una buena muerte, y por ella á la felicidad de los escogidos. ¿Cuándo pensaré en entrar en él? ¡Oh buen Jesús! el cielo, por el cual habeis vertido toda vuestra sangre, ¿es por ventura tan poco digno de nuestra estimación que nos parezca mucho, para adquirirlo, el consagrar un día al recogimiento? Mas yo estoy decidido á rescatar el tiempo y á ocuparme del asunto más serio y de trabajar para obtener la gracia de la buena muerte. Para prepararme á este último acontecimiento haré un día de retiro y seguiré el método que se me presenta y cuya necesidad, utilidad y facilidad he conocido. Sostened, ¡oh Dios mío! con el auxilio de vuestro divino Espiritu, mis resoluciones. *Alumbrad mis ojos, á fin de que no me duerma un día en la muerte y para que mi*

¹ Sal., 4, 12.

enemigo no diga: Yo he prevalecido contra él."¹ Concededme en premio de la preparación que habré hecho anticipadamente la gracia de bien morir, á fin de que una santa muerte sea con el tiempo para mí la prenda de la bienaventurada eternidad!

ARTÍCULO II

ORDEN DEL RETIRO

Después de haber expuesto los motivos que nos obligan á hacer este retiro de preparación para la muerte, creo muy útil, antes de comenzarle, indicar el orden que convendrá observar en él. El que me parece más natural, es ir siguiendo, conforme se producen, las diversas circunstancias de todo lo que pasa en el lecho de un moribundo. Podremos, pues, arreglar como sigue nuestros ejercicios: diremos, en primer lugar, de qué modo debe un cristiano recibir la primera nueva de la muerte próxima; haremos el examen de nuestra vida pasada y del estado presente de nuestra alma; porque en ese momento supremo, el cuadro de nuestra vida es el primer objeto que se presenta á nuestra vista. Para corregir

¹ Sal., 12. 4.

los defectos que notemos, purificaremos nuestra conciencia en el sacramento de la reconciliación, al cual nos acercaremos como si fuese la última vez de nuestra vida. A fin de afirmar en nuestra alma la gracia recibida con la remisión de los pecados, y de fortalecerla contra las últimas luchas de la agonía, recibiremos en espíritu el Santo Viático y la Extremaunción; por ese piadoso ensayo, nos prepararemos para recibir realmente y con más fervor el de estos dos sacramentos al fin de nuestra vida. Luego, como si estuviésemos en la agonía, y prelu diando en alguna manera ese grande y decisivo combate, nos dedicaremos con anticipación á practicar los actos de las virtudes cristianas que debemos mostrar á la hora de la muerte.

He añadido á continuación de este orden de ejercicio una consideración que puede servir para la meditación de la mañana, ó para la lectura espiritual del día, la cual puede omitirse si no hubiese tiempo suficiente para tenerla.

PRIMER EJERCICIO

Cómo debe un cristiano recibir el primer aviso de una muerte próxima.

En primer lugar, abandonada cualquiera otra ocupación, dispond conve-